

EL
VENDEDOR
DE
NARANJAS

BLANCA MIOSI

Blanca Miosi, una de las autoras más audaces de la literatura latinoamericana, se adentra en las sombras de una Europa en construcción tras la serie de guerras que la asolaron el siglo pasado para traernos una novela maravillosa. Ramón Latorre de los Cobos y Ugarte, miembro de una poderosa familia Valenciana venida a menos como consecuencia de la II República y después la Guerra Civil Española, pasa su adolescencia y juventud en Inglaterra, en donde se hace miembro de World Without Communism o WWC. Es allí donde inicia su primer acercamiento con Peter Beigent, un observador del Servicio Secreto de Inteligencia, más conocido como MI6 o SIS. Después de graduarse en Derecho Internacional por la Universidad de Cambridge, regresa a España y encuentra en franca decadencia los extensos naranjales que su familia posee. Se hace cargo del negocio familiar y al poco tiempo recibe un llamado de Peter Beigent para llevar a cabo una tarea que solo puede hacerla un vendedor de naranjas. Es cuando conoce a Sergio Jelencovich, un hombre que será crucial en su vida. Ramón Latorre se convertirá en una ficha importante en el futuro del mundo durante la Guerra Fría, en un recorrido que va desde el final de la Guerra Civil Española hasta la caída de la Unión Soviética, envuelto en una serie de intrigas que no lo eximirá de enamorarse de una espía rusa con consecuencias que afectarán el resto de su vida. Una novela en que la acción, la intriga y los lazos de amistad como solo se pueden forjar entre amigos que han compartido amores y secretos, desembocarán en una cadena de acontecimientos que llevarán las emociones al límite en «El vendedor de naranjas».

EL VENDEDOR DE NARANJAS

Blanca Miosi

Capítulo 1

España
Galilea, 2005

Sentado en la terraza, Ramón Latorre de los Cobos y Ugarte no tenía otra ocupación en ese momento que mirar el paisaje y recordar cómo había contribuido a la muerte del gran amor de su vida. Y esperar.

Alejado de la familia, se recluyó voluntariamente en Galilea, una pequeña aldea en la sierra de Tramontana, en la isla de Mallorca. El Galileo, la preciosa finca que poseía, situada en lo alto de la montaña, siempre fue para él un lugar tranquilo en el que en épocas pasadas había vivido los momentos más apasionantes de su vida. Cuando los recordaba, notaba que a sus ochenta y cinco años se rememoraban las cosas bajo una pátina de añoranza, sin la fogosidad de antes. ¿Quién le habría dicho entonces que con cincuenta años tendría otro hijo? Lo que en una situación normal habría sido un feliz acontecimiento, como lo fue cuando Raniera dio a luz a sus dos vástagos, devino en la peor noticia que le pudo dar Constanza. ¿Por qué algunas mujeres tenían tendencia a complicarlo todo? Según decía, ella era feliz. Pero eso no fue suficiente.

Recordó a Raniera, siempre tan delicada y atenta. Delicadeza y atención que tenía con todos y que la acompañaron hasta el fin de sus días excepto con él. Esos últimos días no fueron precisamente como Ramón habría deseado recordarla. Cuando la conoció, su manera de hablar fue lo primero que lo cautivó, se expresaba sin aspavientos ni in-

terjecciones; su voz contrastaba con el hablar duro y cortante de las mujeres que él conocía. Muchas. Al igual que otros, él tuvo oportunidades, rechazarlas habría sido una verdadera estupidez. Sin embargo, Ramón no creía haberle sido infiel... Salvo en una ocasión. Cuando se enamoró de otra. Raniera lo supo enseguida, pero no dijo nada. Lo pudo ver en su mirada de reproche, cuando trató de explicarle que sus sospechas eran vanas. Ella solo levantó una ceja, ligeramente, como restando importancia al asunto, y actuó a su manera. Ramón jamás pensó que su locura llegase tan lejos. Tal vez que él se apartara de la otra habría bastado para que el final no hubiera sido tan insensato. Pero Constanza se le había metido en el alma, en el cuerpo, en la mente y quién sabe dónde más. No podía dejarla. Sus muertes inesperadas lo sumieron en una culpa que duró para siempre.

Le gustaba la villa El Galileo por su lejanía de todas partes. No admitía visitas de parientes que trataran de pasar las vacaciones en Mallorca. Todos lo sabían. Muy de vez en cuando, alguno de sus hijos se acercaba con la excusa de preocuparse por su salud, aunque Ramón sabía que la razón principal consistía en saber cuánto le quedaba de vida, pero por ironías del destino él los había sobrevivido. Al menos a uno de ellos. Ni él mismo habría previsto que tendría una ancianidad tan saludable y, sobre todo, lúcida, lo cual a veces no era una bendición sino todo lo contrario.

Se puso de pie ayudado por el bastón que utilizaba desde que empezaron los dolores en la rodilla izquierda. Mantenerse activo era lo que le permitía ser longevo y valerse por sí mismo. Se trasladó a una alcoba de la planta baja y evitó en lo posible subir al dormitorio. Un dormitorio que le traía demasiados recuerdos. Buenos y malos.

La primera parte de su vida de casado transcurrió en la Región Valenciana, en una finca en la que se daban bien los almendros y la uva de parra en Mutxamel, no muy lejos de Alicante y, para su gusto, demasiado cerca de las autovías

que empezaron a construirse después. Al comienzo le encantó el lugar apartado y tranquilo, pero el progreso fue apoderándose del entorno, y lo que para los agentes inmobiliarios era una ventaja, para él significó una desgracia. Y no porque tuviera algo en contra de la modernización, pero el simple hecho de que perturbaran su tranquilidad hizo que aquel lugar cada día le gustara menos. Él consideraba su hogar un santuario. Un lugar alejado de los negocios y de todo lo que conllevaba sus ocupaciones, la principal de ellas, oscura. Por el contrario, Raniera, siempre más inteligente que él, se adaptaba a los cambios con facilidad. Lo hizo al contraer matrimonio y cambiar su sencilla vida para convertirse en la señora de Latorre contra todo pronóstico. Un amorío que en un comienzo originó el descontento de los padres de Ramón, porque decían que ella no estaba a la altura de lo que se esperaba de él. Pero el tiempo le dio la razón, Raniera se convirtió en parte indispensable de la familia y llegó a tener tal ascendencia sobre él que lo convenció de comprar una casa de tres plantas en La Xerea, a pocos metros de la plaza Tetuán y de la calle de La Paz, en pleno centro de la ciudad de Valencia. Aquello fue poco después de que nacieran Pedro y Francisco. Raniera decía que allí todo lo tenían al alcance de la mano, y transformó una fría y —a los ojos de Ramón— poco confortable casa, en un acogedor y suntuoso hogar, en un barrio que fue revalorizándose con el tiempo.

En esos días, cuando todo parecía tan lejano, volvía a su mente Constanza.

¿Qué habría sucedido si ella siguiera con vida? Nunca lo sabría. No obstante, a pesar de los años transcurridos desde entonces, la misma inquietud corría por su cuerpo cuando recordaba sus últimas palabras: *Me la has de pagar, Ramón. Te maldigo a ti y a tu familia, algún día me recordarás y llorarás lágrimas de sangre. Y aunque fueron dichas en un contexto que se podría llamar teatral, seguían grabadas en su mente.*

Raniera murió un año después. Y Ramón creyó que la maldición de Constanza se había cumplido.

Las únicas dos mujeres que marcaron su vida yacían bajo tierra. Una, en la cripta familiar, y la otra, enterrada en algún lugar del cual él nunca se enteró. Treinta y tres años después comprobaría que los rusos no dijeron la verdad. Y lo que siempre afirmó Sergio Jelencovich tampoco era cierto.

Sonó el timbre de la puerta, los pasos de la asistente y luego las voces. Entre ellas una que había esperado escuchar durante treinta y tres años.

Capítulo 2

Ramón Latorre
1936-1946

La muerte de Eduardo Latorre, el primogénito, había sido para don Cornelio equivalente a un cataclismo. Y el mundo de Ramón cambió por completo cuando a su regreso en 1945, tras pasar diez años estudiando en el Reino Unido, conversó con él por primera vez con seriedad. A partir de ese día se vio obligado a ocuparse de los negocios de la familia y dejar las francachelas y los amigos que, según su padre, eran su principal interés, para dedicarse al cultivo y la explotación de sus extensos naranjales. Don Cornelio habría preferido a Eduardo, pero la realidad se impuso y doña Antonia, a quien el padre de Ramón acusaba de ser demasiado sobreprotectora, hubo de hacerse a un lado y dejar que su hijo empezara a asumir compromisos cada vez mayores.

Al comienzo, los padres no vieron mayor interés en Ramón —de veinticinco años por entonces— en el negocio familiar. Después de haber vivido fuera del país se comportaba como un extranjero; sin embargo, en poco tiempo asumió las responsabilidades de las que antes estuvo eximido porque siempre había considerado a su hermano como heredero natural de la fortuna y de los compromisos de la familia. A ojos de don Cornelio, Ramón era inmaduro, el consentido al que todo se le perdonaba y que había crecido con la convicción de que no tendría ninguna necesidad de esforzarse para llevar una vida cómoda después de gra-

duarse en Derecho Internacional por la Universidad de Cambridge, en el Reino Unido, donde había pasado toda su juventud tras acabar el bachillerato en Valencia.

Su espíritu particularmente rebelde hizo que su padre, en contra de los deseos de doña Antonia, lo enviase a un colegio donde, según él, formaría el carácter, sin contar con que llegase a convertirse en un alumno adelantado, como ocurrió. No solo adquirió conocimiento: las relaciones y contactos que consiguió en esos años le servirían en el futuro, lo que sumado a su don de gentes, le daba el aura especial que lo destacaba entre los demás. Pero la vida de Ramón en Inglaterra no se circunscribió a los estudios y amistades; estaba interesado en la política y, aunque vivía fuera de su país, seguía los acontecimientos de su convulsionada nación en la que había cambiado hasta el color de la bandera.

La caída del rey Alfonso XIII y la llegada de la II República en 1931 fueron una conmoción para España. La inestabilidad política era evidente y los desmanes de uno y otro lado condujeron al levantamiento militar del general Franco. Cuando las tropas rebeldes se acercaron a Madrid, Valencia fue elegida como la capital de la república. La presidencia del gobierno se instaló en el Palacio de Benicarló y la presidencia de la república en el edificio de Capitanía General de la Plaza de Tetuán. Pero no solo se trasladaron personas y entidades; desde Madrid los cuadros de mayor valor del Museo del Prado siguieron el mismo camino hasta las Torres de Serrano y la iglesia del Patriarca en la mayor evacuación de arte de la historia. En buena cuenta, Valencia se convirtió en un año en una ciudad cosmopolita, donde se daban cita intelectuales, artistas, políticos, refugiados, periodistas, delegaciones, diplomáticos extranjeros, soldados, heridos y espías.

Mientras estudiaba la carrera en Cambridge, Ramón se enteraba con impotencia que la Segunda República no había resultado favorable para los terratenientes; la reforma

agraria a la que se vieron sometidos los poseedores de fincas como los Latorre hizo que la producción decayese por la falta de incentivos, por la reducción de sus tierras y porque las ideas izquierdistas nunca daban buenos resultados. Fue entonces cuando se enroló en un grupo radical denominado *World Without Communism* o *WWC*, como ellos lo llamaban, y los fines de semana iban a Gales y bajo la supervisión de militares retirados eran adiestrados en armas, combate cuerpo a cuerpo y estrategias de guerrilla que, en el caso de Ramón, lo preparaban para su regreso a una España incierta.

Por las cartas que recibía de su madre, se enteraba de los problemas económicos y del esfuerzo de su hermano mayor para sacar adelante a la familia. Doña Antonia daba gracias a Dios de que su hijo menor estuviese lejos de España en plena guerra civil, pero después, al declarar Inglaterra la guerra a Alemania, hizo lo imposible para que Ramón regresara a su patria, en donde, acabada la confrontación civil, todo empezaba a volver a sus cauces bajo la férrea dictadura de Francisco Franco. Sin embargo, Ramón quiso terminar sus estudios en Inglaterra, y no pudieron ser más accidentados por los numerosos ataques de la *Luftwaffe* y los cohetes de Von Braun. Cuando retornó al hogar paterno, ya la guerra había terminado y el mundo empezaba a armarse como un nuevo rompecabezas.

Tres años antes de su regreso, se presentó en Gales durante un entrenamiento con el *WWC* un hombre que trabajaba como agente del MI6, el Servicio de Inteligencia del Reino Unido. Dijo ser Peter Beigent, buscaba reclutas que fuesen de su particular interés. Después de observarlos en el campo, seleccionó a unos cuantos entre los que se encontraba Ramón Latorre, los llevó aparte y habló con ellos uno a uno. El hombre quedó impresionado por la desenvoltura de Ramón, por su perfecto inglés y su memoria excepcional. Le llamó especial atención que su familia se dedicara a la explotación de naranjas en España, y le recomendó

que aprendiera alemán y si fuera posible ruso, lo que Ramón hizo con la pasión que lo caracterizaba, aunque su ruso nunca fue excelente, no porque no pudiera memorizarlo, sino por el odio que sentía hacia ellos. Su alemán, sin embargo, llegó a ser perfecto, tanto como su idioma natal.

—Nos mantendremos en contacto —dijo Beigent, y se fue del campo de entrenamiento.

Volvió a saber de él cuando Ramón ya estaba en España y la guerra en Europa había acabado. Los extensos naranjales en Valencia no estaban en su mejor época, y Ramón, que se había hecho cargo de los negocios, consiguió a través de sus contactos con gente del exterior, contrabandear abono. En aquella época, uno de los bienes más preciados.

Un desconocido se presentó una mañana en la oficina de la empresa situada en la calle de La Paz. Dijo que era amigo de un amigo de un estudiante de Cambridge que pertenecía al WWC.

—Soy James Reis. El coronel Peter Beigent solicita con urgencia su presencia en Londres. Me encargaron que lo llevara personalmente. Tengo su salvoconducto, esperaré abajo a que usted se prepare.

—Comprendo —dijo Ramón. Al saber que se trataba del MI6 no necesitó pensarlo mucho—. Voy por un par de cosas, e iré con usted.

Si no fuera porque el nombre Peter Beigent quedara grabado en su mente entre todos los que participaron en el movimiento WWC, Ramón no habría tenido interés. Sin perder tiempo, habló con su padre.

—Debo salir de viaje con urgencia, todo está en orden y por ahora no hay cargamentos que recibir.

—¿Y se puede saber adónde vas?

—No puedo decirlo. Pero pierde cuidado, estaré bien.

Don Cornelio elevó una vez más los ojos y meneó la cabeza. James Reis esperaba abajo, en la puerta. Acompañó a Ramón hacia el coche que estaba aparcado a unos pocos metros; dentro se encontraba otro joven, grande y fornido.

El hombre hizo las presentaciones respectivas y así se enteró de que el otro era Sergio Jelencovich.

Al llegar a su casa cogió un maletín de pequeñas dimensiones, empacó lo elemental, se despidió de su madre y regresó al coche.

Era mayo de 1946, hacía ocho meses que había terminado la guerra mundial. El mundo empezaba a normalizarse, pero las relaciones entre Inglaterra y España no eran las mejores debido a la neutralidad de Francisco Franco y la ayuda prestada a los alemanes con la División Azul en el frente Oriental. Existía, sin embargo, una oficina encargada de negocios encabezada por *sir* Douglas George, quien había extendido el mencionado salvoconducto tanto a Ramón como al joven de elevada estatura, Sergio Jelencovich. Ambos fueron llevados por James Reis hacia una pequeña base aérea en las afueras de Perpiñán. Desde allí, un avión militar los dejó en tierra inglesa. Una vez en Londres un coche los llevó a una calle por la que se accedía a un túnel con arcos de ladrillo que los condujo desde la 21 Queen Anne's Gate de Smith-Cumming al número 54 de la calle Broadway, cerca de la estación del metro St. James's Park, no muy lejos del edificio del Ministerio del Interior. Ramón había pasado muchas veces por la puerta principal de la antigua mansión de cinco pisos y nunca supo que era la sede del MI6.

Ramón Latorre y Sergio Jelencovich apenas tuvieron tiempo de ir a un baño público para sus necesidades fisiológicas. Durante el trayecto comieron sándwiches comprados en cualquier restaurante a la vera del camino y desde que subieron al avión no habían probado bocado, al igual que el hombre que se hacía llamar James Reis. No obstante, la apariencia de Ramón era muy disímil a la de Sergio. Uno lucía como si se acabara de afeitarse —de hecho, se había afeitado en un baño público antes del vuelo, y el aroma amaderado del *Acqua di Parma* todavía era tangible en el

ambiente— y al otro parecía que lo hubieran despertado de madrugada después de una juerga.

La majestuosa fachada no concordaba con el interior, donde todo parecía estar apiñado ya desde la entrada. Dentro del ascensor, James Reis oprimió el botón y las puertas metálicas se cerraron con gran estrépito. El ascensor, anticuado, funcionaba mediante una palanca sobre una caja de bronce; jadeó y tembló como si estuviera cansado mientras subía hasta el piso cinco.

Al salir caminaron por un corredor en el que a ambos lados figuraban puertas, y al fondo, en todo el centro, se encontraba la de la oficina del director general. Aireada y luminosa en comparación con el resto. Una larga mesa de conferencias y las sillas con respaldo de cuero daban cierta sensación de solemnidad. Ramón encontró entre los asistentes a Peter Beigent y a varios de sus compañeros del WWC, y vio de reojo que Sergio, su compañero de viaje, era saludado efusivamente por un hombre que hablaba alemán, vestía de civil y se hallaba sentado en la amplia cabecera. Al lado, un sillón vacío esperaba a su ocupante. Mientras, Ramón y sus compañeros conversaban animadamente. No tardó en aparecer en la sala un militar norteamericano que dijo ser representante de Dwight Eisenhower, el comandante supremo de los aliados en el frente de Europa Occidental. De estatura mayor que la media, el hombre irradiaba seguridad trajeado con el uniforme. Clavó la mirada en cada uno de los hombres sentados a la mesa a medida que hablaba.

—Buenos días, señores, gracias a la gentileza de nuestros aliados británicos, me encuentro con ustedes en esta sede de prestigio para solicitarles su colaboración en una misión muy delicada. Debido a que no son agentes secretos sino miembros de una organización que nos atañe por tratarse de la misma ideología, asumo que el compromiso quedará saldado una vez lo hayan llevado a cabo. He venido expresamente para garantizar que la operación se efec-

túe con las mayores facilidades, me comprometo a dar todo el apoyo que sea necesario. Cedo la palabra al señor Reinhard Gehlen, quien les explicará con mayores detalles cuál será la misión que les será encomendada —dijo señalando con un gesto a su antiguo enemigo.

El alemán sentado a su lado habló:

—Buenos días. Soy Reinhard Gehlen, exgeneral de las fuerzas armadas alemanas unificadas, Wehrmacht. —Un rumor recorrió la sala. Gehlen lo acalló con un gesto de la mano y prosiguió en un inglés entendible—. En este momento colaboro estrechamente con el gobierno de los Estados Unidos para extraer a los científicos alemanes de todas las especialidades que todavía se encuentran en Alemania Oriental y en otras zonas de la Europa que quedó en poder de los soviéticos, con la intención de ser llevados a los Estados Unidos. La operación se llamará «Operación Paperclip», una sugerencia de nuestros amigos americanos —se volvió hacia el norteamericano—. Los dividiremos en parejas y serán enviados a diferentes teatros de operaciones. Si alguno tiene preguntas, por favor, es el momento de hacerlas.

—¿Seremos agentes del MI6? —preguntó uno de los jóvenes.

—Digamos que serán una especie de agentes. Fueron elegidos porque cada uno de ustedes posee una cualidad indispensable para llevar a cabo la operación.

—Señor Gehlen, no creo tener experiencia para una operación de esa clase. ¿Podría preguntar por qué fui escogido? —preguntó Ramón.

Gehlen respondió:

—¿Sabe manejar armas?

—Sí, señor.

—¿Habla alemán y ruso?

—Alemán. El ruso lo hablo con dificultad.

—¿Es usted vendedor de naranjas?

—¿En serio? —preguntó Ramón esta vez con curiosidad—. Sí, mi familia posee plantaciones de naranjas.

—Entonces no tiene de qué preocuparse. Cuanto más normal sea, mejor para nosotros. Solo tiene que preocuparse por vender naranjas. Cuando acabe la reunión conversaré con cada uno de ustedes y les diré exactamente cuál será su misión y cómo la llevarán a cabo.

Esa misma noche, después de la cena, Gehlen habló con Ramón y Sergio en una oficina aparte, vetusta, y con muebles que parecían recogidos de alguna casa de empeños. Daba una imagen ideal de la exhausta Gran Bretaña después de la guerra.

—Su compañero será Sergio Jelencovich; aunque su apellido sea croata, sus padres fueron inmigrantes y él nació en España. Lo conozco porque estuvo bajo mis órdenes en el Frente Oriental con la División Azul. A pesar de su juventud es valiente y, además, habla ruso a la perfección. —Miró a Sergio, sonrió y se volvió hacia Ramón—. Su trabajo consistirá en exportar naranjas a Alemania Oriental.

—¿Cómo? Pensé que no existía circulación entre las dos Alemanias.

—Si la hay, a través de una frontera muy resguardada, pero tengo ciertos contactos. Por otro lado, la necesidad que tienen los soviéticos de obtener mercancía a buenos precios obrará en nuestro beneficio. Debemos actuar rápido, antes de que el bloqueo haga imposible la operación que, a lo sumo, deberá empezar en dos meses.

—¿Buenos precios? Espere a que mi padre se entere. Nosotros estamos en una situación precaria, general, no podemos regalar nuestras naranjas.

—¿Acaso no ha escuchado bien? No se preocupe por el dinero.

—¿Y cómo se supone que llevaré un cargamento de naranjas hasta Alemania Oriental? ¡Y regresar con científicos...!